

Y son entonces tus sonoros ecos  
Prenda de vida para el triste mundo;  
Voz de consuelo, y de esperanza cántico  
En el silencio pavoroso y mustio.

Tal vez á esta hora en la vecina sierra,  
Bajo glacial escarcha, vagabundo,  
Oyó el viajero tu lejano canto,  
Y aliento cobra y esperanza y júbilo;

Que así te escucha, como vió el piloto  
En borrascoso mar el faro lúcido,  
Porque tu voz, albergue hospitalario,  
Revélale del valle en lo profundo.

Antes que en los abismos de la noche  
Perciba en lontananza un leve punto,  
Que brilla y palidece por instantes,  
Y es de la choza el fuego moribundo;

Muy antes que ladrando se despierte,  
De sus pisadas al rumor confuso,  
El mastín que, tendido en los umbrales,  
Guárdales fiel de forzador injusto;

Tu acento en la alta noche redoblando,  
Porfiado evocas de su caos profundo  
Á la tardía perezosa estrella  
Que duerme aún bajo el Oriente turbio.

¡Oh, yo en mi lecho desvelado enfermo,  
Con qué placer tus cánticos escucho,  
Cuando me anuncian á la amable aurora,  
Viniendo en pos de su lucero fúlgido!

Y á la hora en que los astros desvanécense  
Á la mitad de su brillante curso,  
En que bullir la rumorosa vida  
De nuevo empieza sobre la haz del mundo;

En que á la ruina pavorosa y lóbrega  
Va á sepultarse el agorero buho,  
Y en mi febril cerebro el sueño apaga  
Este abrasante delirar nocturno:

¡Oh, ave del alba, mi canoro huésped;  
Yo con flébiles versos te saludo!  
¡Salve, oh cantor amigo, que diviertes  
Mi eterna noche y mi dolor adusto!

Canta, y el aura tus acentos lleve  
Del ancho valle á los confines últimos,  
Y ella me traiga los lejanos cantos  
Que á tu acento responden de uno en uno,

Cual centinelas de sitiado campo  
Que vigilando el reforzado muro,  
Con ronca voz en el espacio enlazan  
De trecho en trecho sus alertas rudos.

¡Oh, canta, canta! y de placeres llena,  
Tu vida corra sin pavor ni susto,  
Gentil, galante, enamorado y fino,  
Señor de tus serrallos absoluto;

La frente de adalid erguiendo altivo,  
Armada en guerra con crestón purpúreo;  
Á placer desplegando la ancha gola,  
De caballero paladín al uso;

Luciendo ufano, con marcial donaire,  
El tornasol plumaje verde obscuro  
De la profusa cauda en que campean  
Las corbas plumas como alfanjes turcos;

Que por caso feliz hubiste dueño  
En cuya alma jamás albergue tuvo  
El bajo y vil y sanguinario instinto  
Que abrigan de tu raza los verdugos;

No temas, no, que en duro cautiverio  
Te encadene jamás á poste rudo,  
Ni que infamante hierro te degrade  
De soberbio sultán á vil eunuco;

Ni que armas preste á tu índole guerrera  
Para sangrienta lid contra los tuyos;  
Ni que el circo teñir tu sangre mire,  
Entre algazara soez, villano vulgo.

¡Oh, canta, canta, entre la amiga copa  
Del ancho *amate* ó del *pirú* vetusto,  
Que en dulce unión sus ramas entrelazan,  
Y sombra dan á nuestro albergue rústico!

Canta feliz la majestuosa noche  
En su estrellado pabellón cerúleo;  
Su lactea vía de menudo aljófár,  
Del carro de Jehová celeste surco;

Su triste luna, descendiendo lánguida  
Detrás del mundo silencioso y mustio,  
Apagando entre sombras melancólicas  
El macilento rayo moribundo;

Como en las sombras de la muerte apaga  
De la belleza los reflejos últimos,  
Virgen que en flor desfalleciendo inclina  
La frente pálida y los ojos turbios.

¡Oh, canta, canta á la tardía estrella,  
Joya del alba y de la noche orgullo,  
Y en más sonoros y argentinos cánticos,  
Saluda luego al matinal crepúsculo;

Y canta, en fin, á la jovial mañana,  
Cuando renazca en el Oriente rubio,  
Y el céfiro liviano al cielo eleve  
El *hosanna* magnífico del mundo!

## LAS TARDES DE ABRIL.

¡Oh, qué dicha es vagar por las campiñas,  
Apagado el hirviente pensamiento,  
En dulce libertad al fresco viento,  
Cuando toda la tierra es un pensil;  
Y alegre el inocente conejillo  
Con los truenos y lluvias tempraneras,  
Gusta salir del soto á las praderas  
En las tardes bellísimas de Abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,  
De verdor, de armonías y de flores,  
En que velan del sol los resplandores  
Las nubes con suntuoso pabellón;  
En que retumba en lontananza el trueno,  
Cual voz doliente que exhaló Natura,  
Que se escucha con plácida tristura,  
Que trae algún recuerdo al corazón;

Tardes en que, cual lágrimas de amores,  
Ricas gotas despréndense del cielo,  
Que refrigeran el sediento suelo,  
Que al lozano verdor dan brillantez:  
Tardes ricas de vida y de belleza,  
De reclamos y trinos de las aves,  
De frescas auras y de olores suaves,  
Tardes de amor y muelle languidez;

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,  
De diáfanos vapores y nublados,  
De negros nubarrones perfilados  
De oro y azul y espléndido arrebol;  
En que trasciende la regada tierra,  
De las *rozas* el humo al cielo sube,  
Y se ve sobre el fondo de la nube  
Caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,  
De escarlata el granado se salpica,  
La pasionaria de verdor tan rica  
Tiende á Flora fresquísimo dosel;  
Y la columna del esbelto dátíl  
Tapiza la *pitahaya* trepadora:  
Con lujosos florones la decora,  
Pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas,  
Las auras enriquecense de aromas,  
De tierno césped la llanura y lomas,  
La verde *chilca* de amarilla flor:  
La madre tierra al fecundante arado  
Sus campos cede ya, los más floridos,  
Con sus lirios, de púrpura vestidos,  
Que á Ceres sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de los árboles  
Soñolientas las auras se adormecen:  
Á los pimpollos lánguidos remecen  
De cuando en cuando y á compás igual:  
Y si el nublado sol sus velos rasga,  
Los campos dora, la arboleda brilla,  
Y una luz temblorosa es cada hojilla,  
Destilandó su gota de cristal.

Y el *plátano* sus lábaros tremola,  
Sus anchos abanicos la palmera,  
Y sacude la verde cabellera  
El desmayado lánguido saúz:  
Se ostentan las pomposas *floripundias*,  
Que cual ebúrneas campanillas penden,  
De albura ricas y de olor trascienden,  
Y el *trébol* y las *flores de la cruz*.

Y en balsámicas ráfagas envía  
Blanda esencia más suave que la rosa  
Como la rubia miel blanca y sabrosa,

El meliflúo silvestre *suguinay*;  
Y el colibrí de lindos tornasoles  
De flor en flor revuela susurrando,  
Y en torno de ellas con rumor más blando  
Mil abejas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos  
Que de la tierra humedecida brotan:  
Caen, vagan, se agitan, se alborotan  
En mil revuelos, con susurros mil;  
Y con rudos conciertos los reptiles  
Aturden incansables los pantanos,  
La fresca lluvia saludando ufanos,  
Festejando el regreso del Abril.

Seguido de su lúbrico serrallo,  
Con marcial arrogancia y donosura,  
Trota el joven sultán de la llanura,  
El alazán de belicoso ardor:  
La grey balando por la verde falda  
Baja en tropel al son del caramillo,  
Y el estropeado tierno corderillo,  
Bala también en brazos del pastor.

El ganado matiza el verde césped,  
Los montes atronando brama el toro:  
Su voz los ecos, cual clarín sonoro,  
De monte en monte repitiendo van;  
Y enarbolando las pintadas colas  
Saltan los becerrillos por los prados,  
Á otros balar se escuchan encerrados,  
Y á las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,  
Silva la codorniz, canta el *triguero*,  
Y á las nubes saluda el *clarinero*,  
Esponjando el plumaje de turquí.  
¡Con qué ternura los *cenzonilles* trinan!  
¡Cuán blandos se querellan y se duelen!

Ya en la arboleda lamentarse suelen,  
Ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando  
Que esos tiernos alados trovadores,  
Las silvestres palomas sus amores,  
Repitiendo: *mi amor sólo eres tú;*  
Y con inquieto afán y amable anhelo,  
Perdidas en lejanas soledades,  
Responden las ternísimas mitades:  
*Mi amor sólo eres tú, sólo eres tú.*

Himno de amor, divino epitalamio  
Del pomposo himeneo de Natura  
Es el Abril, de rica galanura,  
Fiesta nupcial de la inmortal Creación:  
Lira de Dios, modelo de belleza,  
Que admira el vate y remedar no sabe,  
Porque en su lira no hay la voz del ave,  
Ni es aura del verjel su inspiración.

¡Oh, qué dicha es vagar por las campiñas  
En dulce libertad al fresco viento,  
Y apagado el hirviente pensamiento,  
Tanta fiesta gozar! ¡sólo gozar!  
¡Oh cuán ledo á su choza el pastorcillo  
Por lluvia del Abril vuelve bañado!  
Pensando lo que piensa su ganado,  
¡Oh qué dicha, qué dicha es no pensar!

## POSTDATA.

La Real Academia Española se sirvió confiarme el encargo de formar esta colección y escribir las introducciones de ella, en la última sesión ordinaria celebrada antes de las vacaciones de Julio del año pasado de 1892. En Septiembre di por terminados los trabajos relativos á Méjico, Guatemala y Cuba (1), valiéndome exclusivamente de mis propios libros y de los de algún amigo, puesto que la circunstancia de haber tenido yo que trasladarme á Santander al día siguiente de haber suspendido sus tareas la Academia, me impidió examinar por entonces los materiales que ya habían comenzado á remitir á su Secretaría las Academias Correspondientes Americanas, y otras corporaciones y personas, á quienes oportunamente se había invitado para este objeto.

Formada ya mi colección y redactado el prólogo, volví á Madrid, y, con objeto de completar mi trabajo antes de la impresión, comencé á examinar la interesante colección de datos recibida de América. La Aca-

(1) Con los poetas de esta isla comenzará el tomo II.